

Jacques Lacan

**Seminario 10
1962-1963**

LA ANGUSTIA

15

20 de MARZO de 1963¹

Hoy, avanzamos. Se trata de articular por qué, para situarles la angustia, les anuncié que me es preciso volver al campo central, ya diseñado en el seminario sobre *La Ética*,² como siendo el campo del goce. Ustedes ya saben, por cierto número de aproximaciones, y particularmente las que efectué ese año, que es preciso, a ese goce, concebirlo, por míticamente que debamos situar su punto, como profundamente independiente de la articulación del deseo, esto porque el deseo se constituye más acá de esa zona que los separa uno de otro, goce y deseo, y que es la falla donde se produce la angustia.

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*.

² Jacques LACAN, *El Seminario*, libro 7, *La ética del psicoanálisis*, 1959-1960, Texto establecido por Jacques-Alain Miller, Ediciones Paidós, Buenos Aires, 1988.

Está bien claro — y he dicho suficientemente al respecto para que ustedes lo sientan — que yo no digo que el deseo en su estatuto no concierne al *Otro real*³, aquél que está interesado en el goce. Diré que es normativo que el deseo no le concierna, a este otro, que la ley que lo constituye como deseo no llega a concernirlo en su centro, que ella no le concierna más que excéntricamente y de costado, *a* sustituto de A.

Y entonces, todos los *Erniedrigungen*, todos los rebajamientos de la vida amorosa que vienen puntuados, puntualizados por Freud, son los efectos de una estructura fundamental irreductible. Ahí está la hiancia que no entendemos enmascarar, si, por otra parte, pensamos que complejo de castración y *Penisneid*, que allí florecen, no son ellos mismos los últimos términos para designarla.

Este dominio, el dominio del goce, es el punto donde, si puedo decir, gracias a este punto, la mujer se comprueba como superior justamente en cuanto que su lazo en el nudo del deseo es mucho más flojo. Esa falta, ese signo *menos*, por el que está marcada la función fálica para el hombre, que hace que para él, su ligazón con el objeto deba pasar por esa negativización del falo, por el complejo de castración, esa necesidad que es el estatuto del $-\phi$, en el centro del deseo del hombre, he ahí lo que para la mujer no es un nudo necesario.

Esto no equivale a decir que ella, por eso, carezca de relación con el deseo del Otro, sino, justamente, que es precisamente al deseo del Otro como tal, que ella está de alguna manera enfrentada, confrontada. Es una gran simplificación que, para ella, ese objeto fálico no llegue, por relación a esa confrontación, más que en segundo lugar, y en tanto que juega un papel en el deseo del Otro.

Esta relación simplificada con el deseo del Otro, es lo que permite a la mujer, cuando ella se dedica a nuestra noble profesión, estar respecto a ese deseo, en una relación que es preciso decir que se manifiesta cada vez que ella aborda ese campo, confusamente designado como el de la contratransferencia, en una relación de la que sentimos que es mucho más libre, esto, desde luego, no obstante cada particula-

³ Versión IA: *otro real*

ridad que ella pueda representar en una relación, si puedo decir, esencial.

Es porque, en su relación con el Otro, ella no se sostiene allí tan esencialmente como el hombre, que ella tiene esa mayor libertad, esencialmente, *wesentlich*. ¿Qué es lo que esto quiere decir en este caso? Eso quiere decir que, por su naturaleza, ella no se sostiene allí tan esencialmente como el hombre en lo que respeta al goce.

Y, aquí, no puedo dejar de tener que recordarles, en la misma línea que lo que el otro día les encarné a nivel de la caída de los ojos de Edipo, que Tiresias, el vidente, quien debería ser el patrono de los psicoanalistas, fue cegado por una venganza de la suprema diosa, Juno, la celosa, y como Ovidio nos lo explica muy bien en el libro tercero de las *Metamorfosis*, del verso 316 al verso 338 — les ruego que se remitan a ese texto,⁴ del que T. S. Eliot, en una nota de la *Wasteland*,⁵ subraya lo que llama su gran interés antropológico, si Tiresias ofendió a Juno, fue porque, consultado así, en broma, — los dioses no siempre miden las consecuencias de sus actos — por Júpiter, quien por una vez tenía una relación distendida con su mujer y la chicaneaba sobre el hecho de que seguramente la voluptuosidad que ustedes experimentan es mayor, es él quien habla, que la que siente el hombre. Pero al respecto, él dice: “¡Pero a propósito, cómo no pensé en ello! Tiresias fue

⁴ “Entre tanto estos sucesos se desarrollaban, fatalmente, en la Tierra, y los días del joven Baco seguían su destino, en el Olimpo, Júpiter y Juno, un poco alegres por el auténtico néctar de los dioses, discutían acerca de quiénes reciben más placer en el acto carnal: si las hembras o los varones. No se ponían de acuerdo, y decidieron someterse al parecer del sabio Tiresias, que había gustado del amor bajo los dos sexos. ¿Bajo los dos sexos? Sí, porque caminando un día por un bosque vio dos serpientes acopladas; dioles con su bastón y... ¡oh, cosa admirable!, se convirtió él, allí mismo, en mujer. Siete años después, vio a las mismas serpientes acopladas y pensó: «Así a quien os hiere dais contrario sexo...». Volviólas a tocar con su bastón y quedó al punto transformado en varón. Tal fue la historia de Tiresias. Este sabio juez, nombrado para dirimir la contienda, se inclinó por la opinión de Júpiter. Desairada Juno, le privó de la vista. Y como no era posible que un dios se opusiera al castigo dado por otro, Júpiter, para recompensar a Tiresias, le concedió el don de la adivinación, reparando en parte el mal que la diosa le había causado.” — cf. OVIDIO, *Las Metamorfosis*, Libro Tercero, III, traducción de Felipe Payro Carrió, Edicomunicación, S.A., Barcelona, 1999, p. 57.

⁵ T. S. ELIOT, *The waste land* (Tierra baldía). Hay versiones castellanas.

siete años mujer”. Siete años, cada siete años — la panadera cambiaba de piel, cantaba Guillaume Apollinaire — Tiresias cambia de sexo, no por simple periodicidad, sino a causa de un accidente: encontró a las dos serpientes acopladas, las que vemos en nuestro caduceo, y tuvo la imprudencia de turbar su acoplamiento. Dejaremos de lado el sentido de esas serpientes que no podemos desanudar sin correr también un gran peligro. Es al renovar su atentado que él vuelve a encontrar su posición primera, la de un hombre. Como quiera que sea, durante siete años él ha sido una mujer. Es por eso que puede testimoniar ante Júpiter y Juno que, cualesquiera que deban ser las consecuencias de esto, él debe dar testimonio de la verdad, y corroborar lo que dice Júpiter: son las mujeres las que gozan.

Su goce es más grande, así sea un cuarto o un décimo más, que el del hombre, hay versiones más precisas.⁶ La proporción importa poco, puesto que ella no depende, en suma, sino de la limitación que impone al hombre su relación con el deseo, es decir lo que yo designo como, al situar, para él, el objeto en la columna de lo negativo, el $-\phi$. Contrariamente a lo que el profeta del saber absoluto le enseña, a este hombre, a saber, que él hace su agujero en lo real, lo que se llama en Hegel la negatividad, lo que está en juego es otra cosa. El agujero comienza en su bajo vientre, al menos, si queremos remontarnos a la fuente de lo que produce en él el estatuto del deseo. Evidentemente, es aquí que un Sartre post-hegeliano, con lo que yo llamaré su maravilloso talento de descarriador, ha deslizado su imagen, la que ustedes conocen bien, imagen del niño que nos presenta como burgués nato, naturalmente, cuestión de complicar un poco el asunto, el cual, por hundir su dedo en la arena de la playa imita a sus ojos y a nuestra intención el acto que sería el acto fundamental.⁷ Desde luego, a partir de ahí, puede ejercerse una merecida irrisión de la pretensión de esa nueva forma que hemos dado al hombrecito que está en el hombre, a sa-

⁶ La versión más célebre dice que “Sin vacilar, Tiresias afirmó que si el goce del amor se componía de diez partes, la mujer se quedaba con nueve, y el hombre, con una sola.” — cf. Pierre GRIMAL, *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Paidós, Barcelona, 1981. — cf. también Robert GRAVES, *Los mitos griegos*, Volumen 2, Alianza Editorial, Madrid, 1985.

⁷ Cf. Jean-Paul SARTRE, *El ser y la nada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1966. Véase en la Cuarta Parte, Capítulo II, el punto III. «De la cualidad como reveladora del ser», y especialmente las pp. 743 y ss.

ber, que ahora lo encarnamos, a ese hombrecito, en el niño, sin percartarnos de que el niño merece todas las objeciones filosóficas que se han hecho al hombrecito.

Pero, en fin, bajo esta figura con la que Sartre nos la representa, ella tiene efecto, puesto que ¿hace resonar qué en el inconsciente? ¡y bien! mi Dios, ninguna otra cosa que esa deseada deglución de todo su cuerpo en el seno de la tierra-madre, cuyo sentido Freud denuncia como conviene, cuando dice, textualmente, al final de uno de los capítulos de *Hemmung, Symptom und Angst*, que el retorno al seno materno es un fantasma de impotente.⁸

Así, el pupilo que Sartre se aplica a incubar en este hombre y que, por toda su obra, incita a compartir el único pegote de la existencia, se dejará ser ese falo — el acento está aquí sobre el ser — el falo que ustedes pueden ver, al encarnarlo en una imagen que está al alcance de vuestra búsqueda, la que se encuentra oculta en las valvas de esos animalitos que llamamos navajas, y de los que espero, cuando eso faltara a vuestra experiencia, que todos ustedes hayan podido verlos, dado el caso, ponerse a sacarles la lengua súbitamente en la sopera donde ustedes colocaron su cosecha, la cual se hace como la de los espárragos, con un largo cortaplumas y un simple tallo de alambre que se engancha en el fondo de la arena.

No sé si verdaderamente todos ustedes ya han visto eso, en opistótonos, salir esas lenguas de la navaja, en todo caso, es un espectáculo único que hay que ofrecerse cuando todavía no se lo ha visto, y del que me parece completamente evidente su relación con ese fantasma, sobre el cual ustedes saben que Sartre insiste en *La Náusea*, de ver a tales lenguas lanzarse bruscamente de una muralla o de cualquier otra superficie, esto, en la temática de rechazar la imagen del mundo a una insondable artificialidad.

⁸ “En este punto señalo que la fantasía de regreso al seno materno es el sustituto del coito en el impotente (inhibido por la amenaza de castración). En el sentido de Ferenczi, puede decirse que un individuo que en el regreso al seno materno querría hacerse subrogar por su órgano genital, sustituye ahora [en esta fantasía] regresivamente ese órgano por su persona toda.” — cf. Sigmund FREUD, *Inhibición, síntoma y angustia* (1926 [1925]), no exactamente al final del capítulo VIII, en *Obras Completas*, Volumen 20, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, p. 131.

¡Y bien! uno puede preguntarse: ¿y después?, yo no creo que para exorcizar el cosmos — puesto que al fin de cuentas es de esto que se trata, es de socavar, después de los términos fundamentales de la teología, la cosmología que es ahí de la misma naturaleza, desde luego — yo no creo que sea ese curioso empleo de las lenguas el que proporcione el camino correcto, sino más bien que, al creerlo como recién doblado esencialmente de *wesentlich* — y habría querido poder sonorizárselos en muchos otros — me encuentro en cierto babelismo del que se terminará, si me hacen cosquillas, por hacer uno de los puntos claves de lo que tengo que defender.

Como quiera que sea, esta referencia les indica por qué mi propia experiencia de lo que se ve sobre la playa, cuando uno es pequeño sobre la playa, es decir, ahí donde uno no puede hacer un agujero sin que el agua allí suba, ¡y bien!, para confesarlo, es una irritación que también sube, pero en mí, ante la marcha oblicua del cangrejo siempre listo para hurtar su intención de pellizcarles los dedos.

¡Es muy diestro, un cangrejo! Ustedes pueden darle a barajar los naipes, es mucho menos difícil que abrir un mejillón, lo que hace todos los días, ¡y bien!, aunque no tuviese más que dos cartas, siempre intentará mezclarlas.

Así, por ejemplo, se dice: lo real está siempre lleno. Eso produce efecto, suena con un airecito de aquí que da crédito a la cosa, el de un lacanismo de buena ley. ¿Quién puede hablar así de lo real? — yo.

Lo fastidioso, para mí, es que yo jamás dije eso.⁹ Lo real abunda en huecos, e incluso puede hacerse en él el vacío. Lo que yo digo, es que no le falta nada, lo que es muy diferente.

⁹ Lacan tiene “mala memoria”, pues efectivamente dijo precisamente eso, por lo menos en la clase del 13 de Marzo de 1957 de su Seminario sobre *La relación de objeto...* — cf. Jacques LACAN, *El Seminario*, libro 4, *La relación de objeto*, texto establecido por Jacques-Alain Miller, Ediciones Paidós, p. 220: “Ya que en lo real, nada está privado de nada. Todo lo que es real se basta a sí mismo. Por definición, lo real es pleno”. — o, en una fuente menos sospechable: Jacques LACAN, *La relation d’objet et les structures freudiennes*, Séminaire 1956-1957, Publication interne de l’Association freudienne internationale, Paris, 1994, p. 216:

Añadí que si hacemos potes, incluso todos parecidos, desde luego que esos potes son diferentes. Hasta es una enormidad que, bajo el nombre de principio de individuación, eso ofrezca todavía tanta tela al pensamiento clásico.¹⁰

Veán dónde nos encontramos todavía, a nivel de Bertrand Russell, para sostener la distinción de los individuos, hay que movilizar el tiempo y el espacio enteramente, lo que, confiésenlo, es una verdadera broma.

El tiempo siguiente de mis potes, es que la identidad, es decir lo sustituible entre los potes, es el vacío alrededor del cual está hecho el pote. El tercer tiempo es que la acción humana comenzó cuando ese vacío es barrado {*barré*}, para llenarse con lo que va a hacer el vacío del pote del al lado, dicho de otro modo, cuando estar medio-lleño es lo mismo para un pote que estar medio-vacío, dicho de otro modo, cuando eso no se escapa por todas partes.

Y, en todas las culturas, ustedes pueden estar seguros de que una civilización completa se ha obtenido en adelante cuando hay las primeras cerámicas.

Contemplo, a veces, en mi casa de campo, una muy muy bella colección de jarrones que tengo. Manifiestamente, para esa gente, en esa época, como muchas otras culturas testimonian de ello, eso era su bien principal. Pero, en esos jarrones, sensiblemente, incluso si no podemos leer lo que está magníficamente, lujosamente pintado sobre sus paredes, traducirlos en un lenguaje articulado de ritos y de mitos, sabemos que en ese jarrón, está todo, que eso basta, que la relación del hombre con el objeto y con el deseo está ahí enteramente sensible y sobreviviente.

“Nada está privado de nada, todo lo que es real se basta a sí mismo, porque lo real por definición es pleno” (la traducción es mía).

¹⁰ “El problema de la I. {individuación} es el problema de la constitución de la individualidad a partir de una sustancia o naturaleza común: la constitución de *este* hombre o de *este* animal, a partir de la sustancia «hombre» o de la sustancia «animal», por ejemplo. El primero en formular el problema fue Avicena...” — cf. Nicola ABBAGNANO, *Diccionario de Filosofía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1963, en la entrada: *Individuación*.

He ahí lo que por otra parte, para volver atrás, legítima, ese famoso pote de mostaza que hizo rechinar los dientes durante más de un año a mis colegas, al punto de que yo, siempre amable, acabé por devolverlo al estante de los potes de goma de pegar; aunque, como lo dije desde el comienzo, ese pote de mostaza me servía de ejemplo, en cuanto que, es sorprendente, por experiencia, siempre está vacío sobre la mesa, que nunca hay mostaza, salvo cuando se les sube a la nariz.¹¹

Bueno. Entonces, dicho esto, queda que, sobre el uso de estos potes, puesto que recientemente, se planteó para nosotros un problema de este orden, no soy de ningún modo tacaño, como se cree. Piera Aulagnier, que es un espíritu firme, como saben serlo las mujeres, e incluso que es eso lo que le hará equivocarse, sabe muy bien que es lícito poner la etiqueta “mermelada de grosellas” sobre el pote que contiene ruibarbo. Basta con saber a quién se quiere, por este medio, purgar, y esperar para recoger lo que se quería del sujeto.

No obstante, cuando yo les traigo aquí unas baterías de potes ejecutados con finos detalles — pues no crean que eso sea sin que haya enviado a muchos a la basura; yo también produje, en mis buenos tiempos, discursos enteros donde la acción, el pensamiento, la palabra hacían la ronda de manera hasta apestar la simetría, ¡y bien!, acabaron en el tacho de basura — cuando pongo impedimento {*empêchement*} arriba de la columna que contiene el *acting-out*, embarazo {*embarras*} arriba de la de al lado, que contiene el pasaje al acto, si usted quiere, Piera, distinguir el caso de *acting-out* que usted observó, y muy bien, si quiere distinguirlo por ser lo que usted llama transferencia actuada — lo que, desde luego, es una idea distinta, que es la suya, que merece discusión — esto no impide que es a mi cuadro que usted se remitirá, puesto que usted invoca, en ese texto, el embarazo en que se habría

¹¹ El apólogo de los potes de mostaza, surgido en una improvisación durante el Coloquio de Royaumont de julio de 1958, suprimido de los escritos que retoman sus intervenciones en dicho Coloquio, «La dirección de la cura y los principios de su poder» y «Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”» (en este último alude a dicha supresión), es retomado una y otra vez por Lacan: ya lo había sido en el Seminario *La ética del psicoanálisis*, *op. cit.*, por ejemplo en las clases del 27 de Enero y del 30 de Marzo de 1960, y volverá a serlo en este mismo Seminario *La angustia*, en la clase 16, y luego en los Seminarios 12, 13, 14, 16, etc...

encontrado su sujeto. Y como este término casi no es empleado fuera de aquí, es aquí que usted ha tomado nota de él.

Ahora bien, es manifiesto en la observación que el enfermo fue impedido por el partero asistir a la salida de su retoño fuera de las puertas maternas, y que es la conmoción {*émoi*} de ser impotente para superar un nuevo impedimento que lo amenaza, de ese orden, lo que lo precipita a arrojar a los guardianes del orden en la angustia por medio de la reivindicación escrita del derecho del padre a lo que llamaré la *hylofagia*,¹² para precisar la noción que está ahí para representar la imagen de la devoración de Saturno, pues, en fin, está escrito, en esta observación, que ese señor se presenta en la comisaría para decir que nada en la ley le impide comerse a su bebé que acaba de morir. Por el contrario, es manifiestamente el embarazo en que lo sume la calma que conserva en esta ocasión el comisario, quien no es de los que nacieron ayer, y el choque de la conmoción que quería provocar, lo que lo hace pasar al acto, a unos actos de una naturaleza como para hacerlo enjaular.

Entonces, al no reconocer, cuando manifiestamente usted está en eso, que yo no podía encontrar más bella observación para explicar lo que usted sabe, que usted entiende bien, que usted ha puesto el dedo encima, es un poco traicionarse a sí misma, lo que, desde luego, no podría serle reprochado a nadie cuando se trata del manejo de cosas así, recién salidas del horno, bien se puede poner allí un poco de... Pero esto, de todos modos, me autoriza a recordar que mi trabajo, el mío, no tiene interés más que si se lo emplea como es preciso — esto no se dirige a usted, Piera — es decir no emplearlo, como se ha tomado la costumbre, la mala costumbre con respecto a nociones que en general, en la enseñanza, están agrupadas según una suerte de rejunte hecho únicamente para amueblar. Entonces, habiendo recordado esto, sobre lo que les da un poco el derecho de velar sobre lo que les aporto, sobre lo que les he elegido con tanto cuidado, retomo mi exposición.

Y para volver a la mujer, voy a intentar, yo también, con una de mis observaciones, hacerles sentir lo que entiendo decir en cuanto a su relación con el goce y el deseo.

¹² *hylophagie* — del griego *hylé*, materia. En IA, “filiofagia”.

Se trata de una mujer que, un día **¹³, me hace esta observación, que su marido, cuyas insistencias, si puedo decir, son de fundación en el matrimonio, la tiene abandonada desde hace un tiempo un poco demasiado largo para que ella no lo note, vista la manera con que ella acoge siempre lo que siente de su parte como más o menos torpe. Eso más bien la aliviaría.

Sin embargo, de todos modos voy a extraer una frase por la cual — no se precipiten en seguida para saborear una ironía que me sería atribuida de un modo completamente indebido — ella se expresa así: **“Poco importa que él me desee, con tal que no desee a otra”*.*¹⁴

No llegaré a decir que esto sea, ahí, posición común ni regular. Esto no puede cobrar su valor sino por la continuación de la constelación tal como va a desarrollarse por las asociaciones que constituyen ese monólogo. He aquí entonces que ella habla de su estado, el de ella; ella habla de eso, una vez no es costumbre, con una singular precisión. No siendo la tumescencia el privilegio del hombre, pienso, no me sorprenderá que ella, quien tiene una sexualidad completamente normal, hablo de esta mujer, testimonie, diga que, si por ejemplo, al conducir, surge la alerta de un móvil que le hace monologar: “¡Dios! ¡Un coche!”, y bien, inexplicablemente, es esto lo que, ese día, la sorprende, ella se da cuenta de la existencia de una hinchazón vaginal que nota que, en determinados períodos, responde al surgimiento en su campo de cualquier objeto preciso, en apariencia completamente extraño a las imágenes o al espacio sexual. Ese estado, dice, no desagradable, sino más bien de la naturaleza de lo molesto, cede por sí mismo.

“Al respecto, dice, me fastidia encadenar con lo que voy a decirle, eso no tiene ninguna relación, desde luego”. Me dice entonces que cada una de sus iniciativas me están dedicadas, a mí — pienso que ustedes ya lo han comprendido desde hace tiempo, es a mí, quien soy su analista — *“no puedo decir consagradas, eso querría decir hacerlo con un determinado objetivo. No. Cualquier objeto me obliga a evocarle a usted como testigo, incluso no para tener, de lo que veo, la aprobación. No, simplemente la mirada. Al decir esto, voy incluso un*

¹³ En este punto, la versión IA añade: *coordenadas de longitud y latitud*

¹⁴ Versión IA: *”Poco me importa que él me desee, dado que no desea a otra”*

poquito demasiado lejos. Digamos que esa mirada me ayuda a hacer que cada cosa cobre su sentido”.

Al respecto, evocación irónica del tema hallado en una fecha juvenil de su vida, del título bien conocido de la pieza de Stève Passeur, «*Viviré un gran amor*». ¿Conoció ella en otros momentos de su vida esta referencia al *Otro*¹⁵? Esto la hace remitirse al comienzo de su vida matrimonial, luego remontarse más allá y testimoniar en efecto lo que fue en efecto, aquél que no se olvida, su primer amor.

Se trataba de un estudiante del que estuvo rápidamente separada, con el cual quedó en correspondencia en el pleno sentido del término. Y todo lo que ella le escribía, dice, era verdaderamente “*un tejido de mentiras*”.

“*Yo creaba hilo a hilo un personaje, lo que deseaba ser a sus ojos, que yo no era de ninguna manera. Eso fue, me temo, una empresa puramente novelesca, y que yo proseguí de la manera más obstinada*”. “*Envolverme, dice, en una especie de capullo*”. Añade, muy tranquilamente: “*Usted sabe, a él le costó confiarse...*”.

Al respecto, vuelve sobre lo que ella hace para mí: “*Es todo lo contrario, lo que aquí me esfuerzo por ser; me esfuerzo por ser siempre verdadera, con usted. Cuando estoy con usted no escribo una novela; la escribo cuando no estoy con usted*”. Vuelve sobre el tejido, siempre hilo a hilo, de esa dedicación de cada gesto que no es forzosamente un gesto que presuntamente me complazca, ni siquiera que forzosamente me deje conforme. No hace falta decir que ella forzaba su talento. Lo que ella quisiera, después de todo, no es tanto que yo la mire, es que mi mirada venga a sustituirse a la suya. “*Es el auxilio de usted mismo que yo reclamo. La mirada, la mía, es insuficiente para captar todo lo que hay que absorber del exterior. No se trata de mirarme hacer, se trata de hacer por mí*”.

En resumen, pongo término a esto, de lo que tengo todavía una gran página, de la que no quiero extraer más que la única palabra de mal gusto que allí sucede, en esta última página: “*Yo estoy*”, dice ella, “*telecomandada*”, lo que no expresa ninguna metáfora, ¡créanlo! No

¹⁵ Versión IA: *otro*

hay ningún sentimiento de influencia. Pero si yo vuelvo a sacar esta fórmula, es para recordarles que ustedes han podido leerla en los periódicos, a propósito de ese hombre de izquierda que, tras haberse envuelto en un falso atentado, creyó deber darnos ese ejemplo inmortal que, en la política, la izquierda es en efecto siempre, por la derecha, teleguiada. Es precisamente así, por otra parte, que una relación estrechamente paritaria puede establecerse entre esas dos partes.

Entonces, ¿a dónde nos conduce todo esto? Al jarrón. El jarrón femenino ¿está vacío, está lleno? Qué importa, puesto que incluso si es, como se expresa mi paciente, para consumirse tontamente, se basta a sí mismo. Allí no falta nada. La presencia del objeto está en él, si podemos decir, por añadidura. ¿Por qué? Porque esa presencia no está ligada a la falta del objeto causa del deseo, al $-\phi$ al cual está vinculada en el hombre. La angustia del hombre está ligada a la posibilidad de no poder, de dónde el mito que hace de la mujer, es un mito bien masculino, el equivalente de una de sus costillas, se le ha retirado esa costilla, no se sabe cuál, y por otra parte, no le falta ninguna. Pero está claro que, en el mito de la costilla, se trata justamente de ese objeto perdido, que la mujer, para el hombre, es un objeto que está hecho con eso.

La angustia también existe en la mujer. E incluso Kierkegaard, quien debía tener algo de la naturaleza de Tiresias, probablemente más que lo que yo tengo según me parece, Kierkegaard dice que la mujer está más abierta a la angustia. ¿Hay que creerle? En verdad, lo que nos importa, es captar su lazo con las posibilidades infinitas, digamos, indeterminadas, del deseo alrededor de ella misma, en su campo. Ella se tienta tentando al *Otro*¹⁶, en lo cual nos servirá, aquí también, el mito. Después de todo, cualquier cosa le es buena para tentarlo, como lo muestra el complemento del mito de recién, la famosa historia de la manzana; cualquier objeto, incluso superfluo para ella, pues, después de todo, esa manzana, ¿qué es lo que tiene que hacer con ella? No más de lo que tiene que hacer con ella un pescado.¹⁷ Pero resulta que con

¹⁶ Versión IA: *otro*

¹⁷ Alude a la expresión francesa *être embarrassé comme un poisson d'une pomme*, que traducida literalmente da “estar embarazado (trabado) como un pescado con una manzana”.

esa manzana, es ya suficientemente bueno para que ella enganche al pescadito, para que enganche al pescador a la línea. Es el deseo del otro lo que le interesa. Para poner un poco mejor el acento, diré que es del precio, en el mercado, de ese deseo — pues el deseo es cosa mercantil, hay una cotización del deseo que se hace subir y bajar culturalmente — es del precio que se da al deseo en el mercado que depende, a cada momento, el modo y el nivel del amor.

Tal como es él mismo valor, como lo dicen muy bien los filósofos, es de la idealización del deseo que está hecho. Digo la idealización, pues no es en tanto que enferma que nuestra paciente de recién ha hablado así del deseo de su marido. Que ella se atenga a él, es eso el amor. Que ella no se atenga tanto a lo que él le manifiesta, esto no es obligado, pero está en el orden de las cosas.

A propósito de esto, la experiencia nos enseña que en el goce, hablando con propiedad, de la mujer, que bien merece, y sabe muy bien, concentrar bien sobre ella todo tipo de cuidados de parte del *partenaire*, la impotencia, hablando con propiedad, las ofensas técnicas, la impotencia de ese *partenaire* puede ser muy bien recibida. Y la cosa se manifiesta tanto en ocasión del fiasco, como desde hace mucho nos lo hizo observar Stendhal, como en las relaciones en que esta impotencia es durable, y donde parece que si vemos, dado el caso, que la mujer se consigue, después de un cierto tiempo, alguna ayuda supuestamente más eficaz, eso sea más bien por una especie de pudor, para que no se diga que eso, por el motivo que fuere, le está rehusado.

Al pasar, les recuerdo mis fórmulas de la vez pasada sobre el masoquismo. Están destinadas, lo verán, a volverle a dar al masoquismo, sea que se trate del masoquismo del perverso, del masoquismo moral, del masoquismo femenino, su unidad de otro modo inaprehensible. Y verán ustedes que el masoquismo femenino cobra un sentido muy diferente, bastante irónico, si esa relación de ocultamiento en el otro del goce en apariencia alegado del otro, de ocultamiento, por ese goce del otro, de una angustia que indiscutiblemente se trata de despertar.

Esto da al masoquismo femenino un alcance muy diferente, que no se atrapa sino al captar ante todo lo que hay que postular al principio, a saber, que es un fantasma masculino.

Lo segundo, es que en ese fantasma, en suma, es por procuración y en relación con esa estructura imaginada en la mujer que el hombre hace que su goce se sostenga de algo que es su propia angustia, lo que recubre, para el hombre, el objeto y la condición del deseo; el goce depende de esa *cuestión*¹⁸. Ahora bien, el deseo no hace más que cubrir la angustia. Ven ustedes por lo tanto el margen que le queda por recorrer para estar al alcance del goce. Para la mujer, el deseo del otro es el medio, ¿para qué? Para que su goce tenga un objeto, si puedo decir, ¡conveniente! Su angustia no es más que ante el deseo del otro, del que, al fin de cuentas, ella no sabe bien lo que cubre. Y para ir más lejos en mis fórmulas, diré que, por este hecho, en el reino del hombre, siempre está la presencia de alguna impostura.

En la de la mujer, es como ya lo hemos dicho en su momento — recuerden el artículo de Joan Riviere¹⁹ — si algo le corresponde, es la mascarada, pero esto es completamente otra cosa. La mujer, en el conjunto, es mucho más real y mucho más verdadera, en cuanto que ella sabe lo que vale la medida de aquello con lo que tiene que vérselas en el deseo, en cuanto que pasa por eso con una tranquilidad muy grande, en cuanto que ella tiene, si puedo decir, un cierto desprecio {*mépris*} por su equivocación {*méprise*}, lujo que el hombre no se puede dar. El no puede despreciar {*mépriser*} la equivocación del deseo, porque es su cualidad de hombre poner precio {*priser*}. Dejar que la mujer vea su deseo, evidentemente, es angustiante, dado el caso. ¿Por qué? Porque es dejar ver — y al pasar les ruego que observen la distinción de esta dimensión del dejar ver por relación a la pareja voyeurismo-exhibicionismo, no sólo está el mostrar y el ver, está el dejar-ver para la mujer, cuyo peligro a lo sumo viene de la mascarada — lo que hay para dejar ver, es lo que hay, desde luego. Si no hay gran cosa, es angustiante, pero es siempre lo que hay; mientras que dejar ver su deseo, para el hombre, es esencialmente dejar ver lo que no hay.

Así, vean, no crean por esto que esta situación, cuya demostración puede parecerles bastante compleja, sea de tal modo que haya

¹⁸ Versión IA: *condición*

¹⁹ Joan RIVIÈRE, «La femineidad como una máscara», en AA.VV., *Psicoanálisis y desviaciones sexuales*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1967.

que tomarla por desesperada. Si, seguramente, ella no les representa esto como fácil, ustedes podrían ignorar el acceso al goce para el hombre, lo que no impide que todo esto es muy manejable si de ello no se espera más que felicidad.

Siendo conclusiva esta observación, entramos en el ejemplo que, en suma, me encontraré en postura de hacerles aprovechar, por el favor que todos le debemos a Granoff por haberlo, aquí, introducido, a saber, Lucy Tower.²⁰

Se los he dicho, para comprender lo que nos dice Lucy Tower, a propósito de dos machos que tuvo en sus manos, no creo poder encontrar mejor preámbulo que la imagen de Don Juan.

En estos tiempos, he vuelto a trabajar mucho la cuestión, para ustedes. No puedo hacer que vuelvan a recorrer sus dédalos. Lean ese execrable libro que se llama *Die Don Juan Gestalt*, de Rank; en él uno se desorienta completamente, pero si tienen el hilo que voy a darles, eso parecerá mucho más claro.

Don Juan es un sueño femenino. Lo que sería preciso, dado el caso, es un hombre que fuera perfectamente igual a sí mismo, como en cierto modo, por relación al hombre, la mujer puede jactarse de serlo, un hombre al que no le faltaría nada. Esto es perfectamente sensible en un término sobre el cual tendré que volver a propósito de la estructura general del masoquismo. Casi parece un cuento decíselos, la relación de Don Juan con esa imagen del padre, en tanto que no castrado, es decir, una pura imagen, una imagen femenina.

La relación se lee perfectamente en lo que podrán encontrar en el dédalo y en el rodeo de Rank, que de lo que se trata en Don Juan, si llegamos a vincularlo con cierto estado de los mitos y de los ritos, Don Juan representaría, nos dice Rank — y ahí, su olfato lo guía — aquél que, en épocas superadas, es capaz de dar el alma sin perder la suya por eso. La famosa práctica del derecho de pernada estaría fundada en

²⁰ cf. Lucy TOWER, *Countertransference*, in *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 4, 1956. «Contratransferencia», versión castellana de la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, cuyo texto suministramos en el **Anexo 1** de nuestra traducción de la clase 11 de este Seminario.

eso. La existencia que ustedes saben mítica, del sacerdote desflorador de la primera noche, está ahí, en esta zona.

Pero Don Juan es una bella historia que funciona y produce su efecto, incluso para los que no conocen todas sus gentilezas, que, seguramente, no están ausentes del canto mozartiano, y que más bien hay que encontrar del lado de *Las Bodas de Fígaro* que de *Don Giovanni*.

La huella sensible de lo que les digo en lo que concierne a Don Juan, es que la compleja relación del hombre con su objeto está, para él, borrada, pero al precio de la aceptación de su impostura radical. El prestigio de Don Juan está ligado a la aceptación de esta impostura. El está siempre está ahí, en el lugar de otro; es, si puedo decir, el objeto absoluto.

Observen que de ningún modo está dicho que él inspire el deseo. Si él se desliza allí, en la cama de las mujeres, está ahí, no se sabe cómo. Incluso podemos decir que él tampoco lo tiene, que está en relación con algo respecto a lo cual cumple cierta función. A ese algo, llámenlo *odor di femina*, y eso nos lleva lejos. Pero el deseo hace tan poca cosa en el asunto que, cuando pasa el *odor di femina*, es capaz de no darse cuenta de que es Doña Elvira, a saber aquélla de la que está hasta la coronilla, quien acaba de atravesar la escena.²¹

Hay que decirlo, no está ahí lo que, para la mujer, es un personaje angustiante. Sucede que la mujer sienta verdaderamente ser el objeto en el centro de un deseo. ¡Y bien!, créanme, ¡es de ahí que ella huye verdaderamente!

Entonces, vamos ahora a entrar, si podemos, en la historia de Lucy Tower. Ella tiene dos hombres, quiero decir en análisis. Mi Dios, como ella lo dice, siempre tendrá con ellos unas relaciones humanamente muy satisfactorias.

No me hagan decir que el asunto es simple, ni que ellos no tienen chance de ganar. Ambos son neurosis de angustia. Al menos, ése

²¹ Wolfgang Amadeus MOZART, *Don Giovanni*, escenas 4ª y 5ª del Primer Acto.

es el diagnóstico en el que ella se detiene, una vez bien examinado todo.

Estos dos hombres que han tenido, como conviene, algunas dificultades con su madre, y con, como suele decirse, *female-seemings*, lo que quiere decir hermanas, pero lo que las sitúa en una equivalencia con los hermanos,²² estos dos hombres se encuentran ahora en relaciones con unas mujeres, se nos dice, que verdaderamente han elegido para poder ejercer un cierto número de tendencias agresivas y otras, y con ello protegerse de una inclinación, mi Dios, analíticamente no discutible hacia el otro sexo.

“*Con estos dos hombres*”, nos dice ella {Lucy Tower}, “*yo estaba perfectamente al tanto de lo que sucedía con su mujer y especialmente*”, dice ella, “*que eran demasiado sumisos, demasiado hostiles, y en un sentido, demasiado devotos, y que las dos mujeres*”, nos dice ella, pues entra de lleno en la apreciación del punto de vista con los prismáticos, “*que las dos mujeres estaban frustradas por esa falta de una suficientemente*” non-inhibited masculine assertiveness, “*de una manera de afirmarse como hombre, de una manera no inhibida*”.

En otros términos — entramos inmediatamente en lo vivo de la cuestión, ella tiene su idea del asunto — ellos no disimulan suficientemente {*ils ne font pas assez semblant*}. En cuanto a ella, desde luego, sin saber lo que ahí adentro arriesga entraparla, ella misma se siente muy *protective*, un poco demasiado *protective*, aunque de manera diferente en el caso del primer hombre, ella protege, nos dice, un poquitito demasiado a su mujer, y en el caso del segundo, un poquitito demasiado a él.

A decir verdad, lo que la tranquiliza, es que ella se siente mucho más atraída por el segundo, y esto — de todos modos, hay que leer las cosas en su inocencia y su frescura — porque el primero tiene de todos modos algunos *psychosexual problems* no tan atractivos.

²² *female-seemings* vendría a indicar que estas mujeres, son en apariencia mujeres, como si se dijera que “formalmente, son mujeres”, aunque más que como hermanas, funcionarían para estos hombres como hermanos. Agradezco a la Lic. Liliana Zaccardi los esclarecimientos proporcionados al respecto.

Este, el primero, se manifiesta de una manera que no se distingue tanto de la del otro. Ambos, verdaderamente, la fatigan con sus bisbiseos, sus detenciones en la palabra, su circunstancialidad — eso quiere decir que ellos se ponen a relatar — su manera de repetirse y su minucia. En fin, ella de todos modos es analista; lo que observa en el primero es la tendencia a atacarla en su potencia de analista, a ella.

El otro paciente tiene otra tendencia, para él se trata más bien de ir a tomar en ella un objeto que propiamente de destruirla como frustrante. Y, desde luego, a propósito de esto, ella observa para sí: “*Y bien, después de todo, Dios mío, es que el segundo quizá es más narcisista*”.

En verdad, esto no pega, como los que tienen un poco de cultura pueden observarlo, con las otras referencias que podemos tener en lo que concierne al narcisismo. Pues, por otra parte, no es tanto el narcisismo lo que aquí le concierne como lo que se llama la vertiente analítica, como ella bien lo verá a continuación.

También, por otra parte, nos dice ella, por largo, por fastidioso que sea el camino recorrido tanto con uno como con el otro, sin que nada manifieste la eficacia del análisis de la transferencia, esto no impide que en todo esto quede algo que no tiene nada fundamentalmente desagradable y que, después de todo, todas las respuestas contratransferenciales que ella percibe como siendo las suyas, de ningún modo sobrepasan, dice ella, razonablemente, ese límite donde podría decirse que estaría expuesta a perderse, a propósito de personajes tan válidos, cualquier analista femenina que no estuviera precavida. Ella lo está, y muy especialmente. Y, muy especialmente, ella presta atención a lo que sucede del lado de esa mujer sobre la cual ella vela quizás un poco más específicamente, la mujer de su primer paciente. Se entera de que ella ha tenido un pequeño accidente psicossomático. Se dice: “*Mi Dios, eso no está mal. Como lo que yo temía es que ella derive un poco hacia la psicosis, ahí tenemos una angustia bien fijada*”.

Y entonces, no piensa más en ello. No piensa más en ello y la situación continúa, es decir, que en vano se esfuerza por analizar todo lo que sucede en la transferencia, y, por lo tanto, el uso que puede hacer en su análisis el paciente — hablo del primero en cuestión — de sus conflictos con su mujer, para obtener de su analista tanta más aten-

ción, para obtener de ella las compensaciones que nunca ha encontrado del lado de su madre, eso no camina para nada.

¿Qué es lo que va a desencadenar, hacer que las cosas avancen? Un sueño, nos dice, que tiene ella, la analista. Un sueño donde ¿qué? Donde ella se da cuenta de que quizás no sea tan seguro que eso ande tan mal del lado de su mujer. Ante todo porque esta mujer, en el sueño, la acoge a ella, la analista, excesivamente bien, le muestra de todas las maneras que ella no tiene ninguna intención — esto es en el sueño — de torpedear el análisis de su marido, lo cual hasta entonces estaba en los presupuestos del asunto, y que esta mujer está, por lo tanto, bien dispuesta para estar con ella en una disposición que nosotros llamaremos, para traducir la atmósfera del sueño, cooperativa.

Esto le pone, a nuestra analista, Lucy Tower, la pulga en la oreja.²³ Comprende que hay algo a revisar íntegramente. Ese tipo es verdaderamente alguien que, en su vida doméstica, busca verdaderamente hacer lo que sea preciso para que su mujer esté más cómoda; dicho de otro modo, su deseo, el de él, el ingenuo, no está de ningún modo tan a la deriva como parece. El muchachito se toma a pesar de todo en serio; es posible ocuparse de él; en otros términos, es capaz de tomarse por aquello de que se trata y cuya dignidad se le rehusaba hasta entonces, tomarse por un hombre, prenderse en el juego. Cuando ella ha hecho este descubrimiento, cuando ella ha recentrado su relación con el deseo de su paciente, cuando ella se dio cuenta que ha desconocido hasta entonces dónde se situaban las cosas, puede verdaderamente hacer con él una revisión de todo lo que hasta entonces se había jugado con ella, en el engaño. Las propias reivindicaciones de transferencia eran una impostura y, nos dice ella, a partir de ese momento, todo cambia. ¿Pero cómo y en qué sentido cambia todo?

Hay que leerla para comprender que es en ese momento que el análisis se vuelve algo particularmente duro de soportar. Pues, dice ella, a partir de ese momento, todo sucede en medio de esa tormenta

²³ *avoir ou mettre la puce à l'oreille* {tener o poner la pulga en la oreja} es una expresión francesa que recuerda los insomnios que solían causar estos parásitos, habitualmente domiciliados en las camas hasta, al fin de cuentas, no hace tanto. Connota la idea de despertar, alertar la atención de alguien por medio de un detalle en apariencia anodino o por una confidencia que turba su serenidad dejándole sospechar algún riesgo o peligro.

de movimientos depresivos y rabias desnudas, como si él me pusiera, a mí, la analista, a prueba en cada uno de mis más pequeños fragmentos.

Si un instante de inatención, nos dice, hacía que cada uno de esos pequeños fragmentos no sonase verdadero, que hubiera uno que fuese camelo, yo tenía la sensación de que mi paciente se iría enteramente en fragmentos.

Ella misma califica como puede — ella no ve todo, pero nombra bien lo que encuentra — que se trata de algo, nos dice, que es verdaderamente propio del sadismo fálico cubierto en un lenguaje oral.

¿Qué es lo que va a retenernos aquí? Dos cosas, en primer lugar, la confirmación, por los propios términos empleados, de lo que les he designado como siendo la naturaleza del sadismo — pues las anomalías poco atractivas del paciente son ciertamente de ese orden — que lo que es buscado en la búsqueda sádica, es, en el objeto, ese pequeño fragmento que falta, es el objeto. Y es de una búsqueda del objeto que se trata, en la manera con que, una vez reconocida la verdad de su deseo, el paciente se comporta.

Esto para mostrarles también que no es para nada ser masoquista el ponerse en la línea por donde pasa la búsqueda del objeto sádico. Nuestra Lucy Tower no se acusa de nada parecido, y nosotros tampoco tenemos necesidad de imputárselo. Simplemente, ella se atrae una tormenta; y — ella lo subraya con un coraje particular — respecto de un personaje con el cual ella no se puso en relación sino a partir del momento en que su deseo la ha interesado.

Ella no disimula que es en la función donde ella misma está en posición de rivalidad tercera con los personajes de su historia, y que, manifiestamente, su deseo no era todo, que ella soporta por lo tanto las consecuencias de ese deseo hasta el punto de que experimenta ese fenómeno que los analistas engloban y han denominado *carry-over*, lo que quiere decir seguir adelante, que designa ahí dónde más manifiestamente se pueden denotar los efectos de la contratransferencia, cuando ustedes continúan pensando en un paciente mientras que están con otro. Y sin embargo, nos dice ella, todo eso, cuando casi había llegado al cabo de mis fuerzas, desaparece por azar *amusingly*, verdaderamen-

te de la manera más divertida y súbita. Partiendo de vacaciones durante una de las pausas anuales, ¡y bien, Dios mío!, ella se da cuenta de que, de ese asunto, no queda nada; ese asunto no le interesa en absoluto, a saber, que ella está verdaderamente, encarnándola, en la posición mítica del más libre y del más aéreo Don Juan al salir de la cámara donde acaba de hacer de las suyas.

Tras esta escisión, su eficacia, su adaptación en este caso y, si puedo decir, la implacable desnudez de su mirada es esencialmente posible, en la medida en que una relación, por una vez, que no es más que una relación con un deseo como tal, así fuese tan complejo, por lo demás, como ustedes lo supongan — y ella lo indica, que también ella tiene sus problemas — nunca es, al fin de cuentas, más que una relación con la cual puede conservar sus distancias. Es sobre esto que proseguiré la vez que viene.

**establecimiento del texto
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**